

Cuentos para leer en la casa



Ida y vuelta

Se encontró solo en la sala de espera y se puso a mirar el diario que había llevado para el brazo. Las manos le temblaban levemente. Sacó un cigarrillo y antes de encenderlo se acarició el ralo bigote cuyo crecimiento había vigilado durante semanas. Nunca había soportado el humo del tabaco y tosió con lágrimas; pero tenía que seguir fumando como un hombre hasta que llegara el momento de levantarse. No podía recordar, para imitarla, cómo era la expresión de un hombre cínico, un hombre maduro y ya de vuelta.

Tenía tres puertas por delante y fue paseando la mirada de otra mientras sentía golpear su corazón. La puerta del medio se abrió justamente cuando la estaba vigilando y apareció una mujer rubia, grande, cómoda, plácida y gorda; de los hombros le colgaba una bata desprendida y le sonrió desde la distancia, amistosa y alegre como si pudiera haberlo reconocido.

—Pasá, negrito —dijo, y él tenía el pelo castaño.

Se levantó del banco y avanzó sin mostrar su rechazo, sin poder contestar a la sonrisa alta e inmóvil. La habitación tenía una cama grande, cubierta por una sábana mal estirada, una cómoda con una gran jarra verde, hojas en relieve, sobre una palangana rajada. Había un perfume perdido en el olor inolvidable de la cocinilla a querosén.

La mujer sonriendo ya sin la bata desde la cama, empezó a parecerle enorme a medida que se iba quitando la ropa. Se arrimó al ca-

Juan Carlos Onetti

“
Pero él no podía estar equivocado, estaba escrito que algún día no lejano su cuerpo y su alma iban a fundirse en la verdad dichosa y presentida...”

lor del fuego inquieto para terminar de desnudarse. Después la gorda se hizo cargo de él con experta paciencia, bondadosa y maternal. Hasta que pudo, triunfal, iniciar su viaje de ida y vuelta en el túnel invisible, húmedo y sombrío, ida y vuelta hasta lograr verle la cara a Dios por primera vez en su vida.

Ya en la calle pensó que lo que había comprado no podía sustituir a la palabra amor ni a sus sueños ni a sus intuiciones. Pero él no podía estar equivocado, estaba escrito que algún día no lejano su cuerpo y su alma iban a fundirse en la verdad dichosa y presentida.

Fin



El anillo

Isak Dinesen

Una mañana de verano, hace ciento cincuenta años, un joven hacendado danés y su mujer salieron a dar un paseo por sus tierras. Hacía una semana que se habían casado. No les había sido sencillo casarse, ya que la familia de la mujer pertenecía a una clase social más elevada y rica que la del marido. Pero los dos jóvenes, ahora de veinticinco y diecinueve años, se habían mantenido firmes en su propósito durante diez años; al final, los orgullosos padres de ella habían tenido que claudicar.

Eran maravillosamente felices. Los encuentros furtivos y las llo-ras y secretas cartas de amor pertenecían ahora al pasado. Se habían unido ante Dios y ante los hombres; podían ir del brazo a la luz del día y viajar en el mismo carruaje, y pasearían y viajarían de este modo hasta el final de sus días. Su lejano Paraíso había descendido a la tierra y se había revelado sorprendentemente lleno de cosas de la vida diaria: con bromas y gracias, desayunos y cenas, perros, heno y ovejas. Sigismund, el joven marido, se había prometido a sí mismo que en adelante no habría ninguna piedra en el sendero de su esposa, ni lo oscurecería sombra alguna. Lovisa, la esposa, sentía que ahora, cada día y por primera vez en su joven vida, se movía y respiraba en perfecta libertad porque no tenía secretos con su marido.

Para Lovisa –a quien su marido llamaba Lise–, el ambiente rústico de su nueva vida era motivo de asombro y placer. El temor de su marido, de que la existencia que podía ofrecerle no fuese bastante buena para ella, le llenaba de risa el corazón. No hacía mucho tiempo que había jugado con muñecas; como ahora se peinaba, revisaba el armario de la ropa blanca y ordenaba sus flores ella sola, vivía otra vez una experiencia amable y encantadora: una lo hacía todo con gravedad e interés; sin embargo, sabía que estaba jugando.

Fue una deliciosa mañana de julio. Un rebaño de nubecillas algodonosas se desplazaba por el cielo; el aire estaba lleno de dulces fragancias. Lise se había puesto un vestido de muselina blanca y un amplio sombrero italiano de paja. Ella y su marido se adentraron por un sendero del parque; serpeaba por los prados, entre pequeños bosquecillos y arboledas, hasta el prado de las ovejas. Sigismund le iba a enseñar a su esposa sus ovejas. Por esta razón, ella no llevaba consigo su perrito blanco, Bijou, ya que podía ladrar a las ovejas y espantarlas, o molestar a los perros pastores. Sigismund estaba orgulloso de sus ovejas; había estudiado la cría de ganado en Mecklenburg y en Inglaterra, y había regresado con carneros Costwold con los que pretendía mejorar su ganado danés. Mientras caminaban, le explicaba a Lise las grandes posibilidades y las dificultades de su plan.

Ella pensaba: «¡Qué listo es, qué cantidad de cosas sabe!»; y al mismo tiempo: «¡Qué persona más absurda es con sus ovejas! ¡Y qué niño! Soy cien veces mayor que él».

Pero cuando llegaron al redil, el viejo pastor Mathias los recibió con la triste noticia de que uno de los corderos ingleses se había muerto y que otros dos estaban enfermos. Lise vio que estas novedades apesadumbraban a su marido; mientras él interrogaba a Mathias sobre el asunto, ella guardó silencio y se limitó a apretarle el brazo suavemente. Enviaron a un par de zagales a traer los corderos enfermos, mientras amo y criado entraban en los detalles del caso. Tardaron un poco.

Lise empezó a mirar en torno suyo y a pensar en otras cosas. Por dos veces, sus propios pensamientos la hicieron ruborizarse intensa y felizmente como una rosa; luego, el rubor se le fue disipando poco a poco, mientras los dos hombres seguían hablando de las ovejas. Después, su conversación atrajo la atención de ella. Había derivado hacia un ladrón de ovejas.

Este ladrón, durante los últimos meses, había entrado como un lobo en los apriscos de la vecindad. Mataba y se llevaba sus presas como un lobo y, como un lobo, se marchaba sin dejar rastro alguno. Hacía tres noches lo habían sorprendido en fraganti, un pastor y su hijo, en una finca que estaba a diez millas. El ladrón había matado al hombre y había dejado sin sentido al muchacho, consiguiendo escapar. Se enviaron hombres a todas partes para cogerlo, pero no lo encontraron.

Lise quiso saber más sobre el horrible acontecimiento, y para satisfacerla, el viejo Mathias

le contó todo otra vez. Había habido una larga lucha en el aprisco; en muchos sitios, el suelo de tierra estaba manchado de sangre. En la lucha el ladrón se había roto el brazo izquierdo; con todo, había saltado una cerca bastante alta con un cordero a la espalda. Mathias añadió que le gustaría ahorcar al asesino con estas dos manos, y Lise asintió gravemente en aprobación. Recordó el lobo de Capercita Roja, y un agradable escalofrío le recorrió la espina dorsal. Sigismund tenía sus corderos en el pensamiento, pero se sentía demasiado feliz para desearle mal a nadie en el universo. Un minuto después dijo:

—¡Pobre diablo!

Lise exclamó:

—¿Cómo puedes sentir lástima de un hombre terrible? ¡Verdaderamente, la abuela tenía razón cuando dijo que eres un revolucionario y un peligro para la sociedad! –el pensamiento de la abuela y las lágrimas de los días pasados volvieron otra vez a la memoria de ella desde la historia espantosa que acababa de oír.

Los zagales trajeron los corderos enfermos y los hombres empezaron a examinarlos con atención, levantándolos y tratando de ponerlos de pie; los presionaban aquí y allá y hacían lloriquear a las pequeñas criaturas. Lise se encogió ante este espectáculo, y su marido se dio cuenta de su malestar.

—Vete a casa, cariño –dijo–; esto me entretendrá un rato.

Pero ve despacio; así te alcanzaré.

De modo que era rechazada por un marido impaciente, para quien sus ovejas importaban más que su mujer. Si había una experiencia más dulce que la de que la llevara a ver ovejas, era esta. Dejó caer en la hierba su ancho sombrero de verano con cintas azules y le dijo que se lo llevase él, que quería sentir el aire del verano en la frente y en el pelo. Echó a andar despacio, como Sigismund le había pedido, ya que quería obedecerlo en todo. Mientras caminaba, experimentó la dicha nueva de sentirse completamente sola, sin siquiera Bijou.

No recordaba en toda su vida haber estado completamente sola. El paisaje a su alrededor estaba en silencio, como lleno de promesas, y era suyo. Incluso las golondrinas que cruzaban en el aire eran suyas, pues le pertenecían a él, y él era suyo.

Siguió la curva del lindero del bosquecillo y un minuto o dos después descubrió que había perdido de vista a los hombres junto al aprisco. ¿Qué más dulce, se preguntó, que andar por el sendero en la alta hierba de los prados floridos, despacio, muy despacio, y dejar que su marido la alcanzase allí? Más delicioso aún sería, pensó, entrar furtivamente en la arboleda y desaparecer, desvanecerse de la superficie de la tierra de él cuando, cansado de las ovejas y deseoso de la compañía de ella, asomase por la curva del sendero con ánimo de alcanzarla.

De pronto, le vino una idea: se detuvo a pensarla.

Hacía unos días, su marido salió a dar un paseo a caballo y ella no había querido acompañarlo; se había quedado a deambular con Bijou, a fin de explorar sus dominios. Entonces Bijou, correteando, la había llevado directamente al bosquecillo. Lo había seguido, abriéndose paso suavemente entre los arbustos, y había descubierto en medio, de repente, un calvero, un espacio estrecho como una pequeña oquedad, con cortinajes de espeso verde y dorados brocados, lo bastante espacioso como para que cupiesen dos o tres personas. En aquel momento le había dado la impresión de que entraba en el corazón mismo de su nuevo hogar. Si lograba dar con ese sitio otra vez, se quedaría completamente quieta allí, oculta de todo el mundo. Sigismund la buscaría en todas direcciones; no podría comprender qué había sido de ella durante un minuto, durante un breve minuto... O quizá, si era lo bastante firme y cruel, durante cinco... Se daría cuenta del vacío, de lo insoportablemente triste y horrible que sería el universo cuando ella no estuviera ya en él. Observó con atención el bosquecillo a fin de localizar el acceso al escondite, y luego se internó.

Se tomaba todos los cuidados para no hacer ningún ruido, de modo que avanzaba muy despacio. Cuando se le enganchaba



66

Sigismund tenía sus corderos en el pensamiento, pero se sentía demasiado feliz para desearle mal a nadie en el universo. . .

una ramita en los volantes de su amplia falda, la desprendía de la muselina con cuidado para no romperla. Una de las veces se le enredó una rama en uno de los dorados bucles del cabello, y se detuvo a soltársela con los brazos levantados. Un poco más en el interior, el suelo del bosquecillo estaba húmedo; sus pasos ligeros dejaron de producir ruido. Con una mano se sujetaba un pequeño pañuelo en los labios, como subrayando el sigilo de su marcha. Encontró el lugar

que buscaba y se agachó para apartar el follaje y abrir un acceso al silvestre recinto. Entonces se le enganchó el borde del vestido en un pie, y se detuvo a soltárselo. Al incorporarse, sus ojos se enfrentaron con la cara de un hombre que ocupaba ya el refugio.

Estaba de pie, a dos pasos. Sin duda había estado observándola mientras ella se abría paso directamente hacia él.

Lise lo abarcó con una simple mirada. Tenía la cara contusionada y arañada, las manos y las muñecas manchadas de una suciedad negruzca. Estaba vestido con harapos, descalzo, con andrajos enrollados en torno a los tobillos desnudos. Los brazos le colgaban a ambos lados, y la mano derecha apretaba el puño de un cuchillo. Tendría la edad de ella. El hombre y la mujer se miraron. Este encuentro en el bosque transcurrió de principio a fin sin que mediase una sola palabra; lo que sucedió solo podría expresarse con una pantomima. Para los dos actores de dicha pantomima fue eterna; según el reloj, duró cuatro minutos.

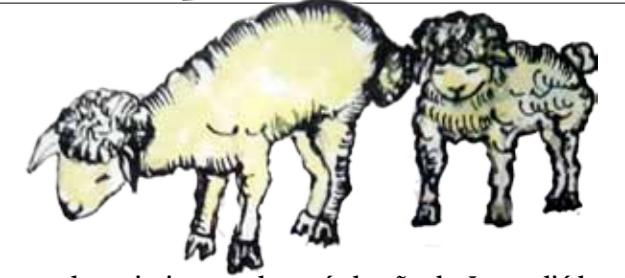
Lise jamás se había expuesto a ningún peligro. No se le ocurrió evaluar su situación ni calcular el tiempo que podrían tardar en venir su marido o Mathias, a quien en este momento oía gritarles a sus perros. Lise miraba al hombre que tenía ante sí como si viese un espectro del bosque: la aparición misma, no sus consecuencias, es lo que cambia el mundo para el ser humano que la afronta.

Aunque no apartó los ojos de la cara que tenía delante, notó que el calvero se había convertido en un refugio. En la hierba, un par de sacos formaban un lecho; a su alrededor había huesos roídos. Sin duda había encendido un fuego durante la noche, porque había cenizas esparcidas por el suelo.

Al cabo de un rato se dio cuenta de que el hombre la observaba del mismo modo que ella le observaba a él. Ya no se disponía a perseguirla, ni a contraerse para saltarle encima; sino que pensaba, trataba de saber. Entonces Lise se vio a sí misma con los ojos del animal salvaje acorralado en su oscuro escondite: su blanca figura acercándose con sigilo, que podía significar la muerte.

El hombre movió el brazo hasta que le colgó ante sí, entre las piernas. Sin alzar la mano, dobló la muñeca y levantó despacio el cuchillo hasta apuntar a la garganta de ella. El gesto era demente, increíble. No sonrió al hacerlo, pero se le dilataron las ventanas de la nariz y le temblaron las comisuras de la boca. Luego, despacio, devolvió el cuchillo a la funda de su cinturón.

Lise no llevaba ningún objeto de valor encima; solo el anillo de casada que su marido le había puesto en el dedo en la iglesia, hacía una semana. Se lo



quitó, y con el movimiento se le cayó el pañuelo. Le tendió la mano con el anillo. No se lo daba a cambio de su vida. Era valerosa por naturaleza, y el horror que este hombre le inspiraba no era por lo que le pudiera hacer. Le ordenaba, le suplicaba que desapareciese como había venido; que le ahorrase a su alma la visión de su espantosa figura, que no debería estar allí. En su gesto mudo, su cuerpo joven tenía la grave autoridad de una sacerdotisa conjurando a un ser monstruoso mediante un signo sagrado.

Lentamente, el hombre extendió la mano hacia ella, su dedo tocó los de Lise, cuya mano soportó firme ese contacto. Pero el hombre no le cogió el anillo. Y al soltarlo ella, cayó al suelo igual que el pañuelo.

Los ojos de los dos lo siguieron un segundo. Rodó unas pulgadas hacia él, y se detuvo ante su pie descalzo. Con un movimiento apenas perceptible, el hombre lo alejó de un puntapié, y volvió a mirarla a la cara. Así permanecieron no sabía ella cuánto tiempo; pero sintió que durante ese lapso sucedió algo: las cosas cambiaron.

El hombre se inclinó y cogió el pañuelo. Sin dejar de mirarla, sacó el cuchillo otra vez, envolvió el minúsculo trozo de batista alrededor de la hoja. Le costó hacerlo porque tenía roto el brazo izquierdo. Mientras lo enrollaba, su rostro se fue poniendo cada vez más blanco bajo la suciedad y el tostado del sol, hasta volverse casi fosforescente. Manoteando con ambas manos, volvió a meter el cuchillo en su funda. O la funda era demasiado grande y no se ajustaba al cuchillo, o la hoja estaba demasiado gastada; el caso es que entró. Durante un segundo o dos, su mirada se posó en el rostro de ella; luego alzó el rostro un poco iluminado todavía por aquel extraño resplandor; y cerró los ojos.

El gesto fue definitivo e incondicional. En este único movimiento, hizo lo que ella le había pedido que hiciese: se desvaneció, desapareció. Ella estaba libre.

Lise dio un paso atrás, sin dejar de mirar aquel rostro inmóvil, ciego, que tenía delante; luego se agachó como había hecho antes para entrar en el escondite, y se fue sigilosamente como había venido. Una vez en el exterior del bosquecillo, se detuvo y miró en torno suyo buscando el sendero del prado; lo descubrió y reemprendió el regreso.

Su marido aún no había dado la vuelta al lindero del bosquecillo. Ahora la vio y la llamó alegremente; apretó el paso y se unió a ella. El sendero aquí era tan estrecho que él tenía que caminar detrás de Lise, sin tocarla. Empezó a explicarle lo que había pasado con los corderos. Ella iba un paso delante de él; y pensó: todo ha terminado. Al cabo de un rato, Sigismund se dio cuenta de su silencio; se acercó, la miró a la cara y dijo:

—¿Qué te pasa?

Ella buscó en su mente algo que decir, y al final exclamó:

—He perdido el anillo.

—¿Qué anillo? –preguntó él.

Lise contestó:

—El anillo de casada.

Al oírse su propia voz pronunciar esas palabras, comprendió su significado.

Su anillo de casada. «Con este anillo», que ella había dejado caer, y al que el otro le había dado una patada, «con este anillo te hago mi esposa». Con ese anillo extraviado se había casado con algo. ¿Con qué? Con la pobreza, con la persecución, con la soledad total. Con los sufrimientos y el pecado de este mundo. «Y lo que Dios ha unido el hombre no lo debe separar.»

—Ya te traeré otro –dijo su marido–. Tú y yo somos los mismos que éramos el día de nuestra boda; y lo seguiremos siendo. Somos marido y mujer hoy igual que ayer, supongo.

El rostro de Lise estaba tan impasible, que Sigismund no sabía si había oído lo que él había dicho. Le pareció que se tomaba la pérdida del anillo demasiado a pecho. Le cogió la mano y se la besó. Estaba fría; no era exactamente la misma mano que él había besado la última vez. Se detuvo a fin de que ella se detuviera con él.

—¿Recuerdas dónde lo llevabas por última vez? –preguntó.

—No –contestó ella.

—¿Tienes idea –preguntó él– de dónde puedes haberlo perdido?

—No –contestó ella–. No tengo la menor idea.

Fin

De *Anecdotes of Destiny* (1958)



El cerdito

La señora estaba siempre vestida de negro y arrastraba sonriente el reumatismo del dormitorio a la sala. Otras habitaciones no había; pero sí una ventana que daba a un pequeño jardín parduzco. Miró el reloj que le colgaba del pecho y pensó que faltaba más de una hora para que llegaran los niños. No eran suyos. A veces dos, a veces tres que llegaban desde las casas en ruinas, más allá de la placita, atravesando el puente de madera sobre la zanja seca ahora, enfurecida de agua en los temporales de invierno.

Aunque los niños empezaran a ir a la escuela, siempre lograban escapar de sus casas o de sus aulas a la hora de pereza y calma de la siesta. Todos, los dos o tres; eran sucios, hambrientos y físicamente muy distintos. Pero la anciana siempre lograba reconocer en ellos algún rasgo del nieto perdido; a veces a Juan le correspondían los ojos o la franqueza de ojos y sonrisa; otras; ella los descubría en Emilio o Guido. Pero no trascurría ninguna tarde sin haber reproducido algún gesto, algún ademán de nieto.

Pasó sin prisa a la cocina para preparar los tres tazones de café con leche y los panques que envolvían dulce de membrillo.

Aquella tarde los chicos no hicieron sonar la campanilla de la verja sino que golpearon con los nudillos el cristal de la puerta de entrada, la anciana demoró en oírlos pero los golpes continuaron insistentes y sin aumentar su fuerza. Por fin, porque había pasado a la sala para acomodar la mesa, la anciana percibió el ruido y divisó las tres siluetas que habían trepado los escalones.

Sentados alrededor de la mesa, con los carrillos hinchados por la dulzura de la golosina, los niños repitieron las habituales tonterías, se acusaron entre ellos de fracasos y traiciones. La anciana no los comprendía pero los miraba comer con una sonrisa inmóvil; para aquella tarde, después de observar mucho para no equivocarse, decidió que Emilio le estaba recordando el nieto mucho más que los otros dos. Sobre todo con el movimiento de las manos.

Mientras lavaba la loza en la cocina oyó el coro de risas, las apagadas voces del secreteo y luego el silencio. Alguno caminó furtivo y ella no pudo oír el ruido sordo del hierro en la cabeza. Ya no oyó nada más, bamboleó el cuerpo y luego quedó quieta en el suelo de su cocina.

Revolvieron en todos los muebles del dormitorio, buscaron debajo del colchón. Se repartieron billetes y monedas y Juan le propuso a Emilio:

—Dale otro golpe. Por si las dudas.

Caminaron despacio bajo el sol y al llegar al tablón de la zanja cada uno regresó separado, al barrio miserable. Cada uno a su choza y Guido, cuando estuvo en la suya, vacía como siempre en la tarde, levantó ropas, chatarra y desperdicios del cajón que tenía junto al catre y extrajo la alcancía blanca y manchada para guardar su dinero; una alcancía de yeso en forma de cerdito con una ranura en el lomo.

Fin

Juan Carlos Onetti

“

Mientras lavaba la loza en la cocina oyó el coro de risas, las apagadas voces del secreteo y luego el silencio. Alguno caminó furtivo y ella no pudo oír el ruido sordo del hierro en la cabeza. . . ”

”

